

LA POLÍTICA EXTERIOR DE MÉXICO Y LA RECUPERACIÓN DE LA INDEPENDENCIA DE AUSTRIA (A LOS SESENTA AÑOS DEL ANSCHLUSS)

Jorge Basurto

La historia de la anexión (*Anschluss*) de Austria por la Alemania nazi tiene su origen en las dos concepciones que tienen los austríacos acerca de su propia patria, a saber, la independencia y soberanía absolutas y la llamada pangermanista, esto es, la unión con el país vecino, lucha que se desarrolla desde tiempos lejanos —por lo menos desde el siglo XIX— y que se recrudece a finales de la Primera Guerra Mundial cuando Austria se vio reducida a un pequeño Estado aparentemente sin futuro, puesto que contaba con pocos recursos propios.

En el momento en que el Imperio se disgrega (se separan Hungría y Checoslovaquia), el problema se recrudece y el pan-germanismo se acentúa y se hace más evidente al grado de que surge una Asociación Germana Nacional-Socialista de Austria como rama del Partido Nacional-socialista Alemán.

Los pangermanistas austríacos tienen reuniones con el mismísimo Hitler para planear la unificación de ambos países desde 1926 supuesta-

mente por identidad de sangre;¹ Hitler había emigrado a Alemania porque en su país había fracasado en lo que había intentado. Ni siquiera había podido contribuir a aumentar el pueblo ario porque era estéril debido a una sífilis que adquirió de una prostituta judía. Se asegura que de ahí provenía su odio por los judíos, pero los acusaba, además, de que se habían apropiado de la riqueza de los alemanes y los austriacos.

Como se sabe, Hitler pudo engatusar a los alemanes y hacerse nombrar canciller, con lo que logró llevar adelante sus planes de anexión. Para reforzar su política de violencia, Hitler recurre también a medidas coercitivas y violentas para estrangular la economía austriaca.²

A partir de las elecciones de 1930, se produce entonces una serie de acciones que llevan finalmente a una dictadura. Engelbert Dollfuss, canciller social cristiano que gobierna desde mayo de 1932 con muy ligera ventaja en el Parlamento —lo que significa un agravamiento de la inestabilidad política que se venía arrastrando desde la finalización de la Primera Guerra Mundial—, procede a la eliminación pura y simple de las cámaras el 4 de marzo de 1933 y promulga una nueva constitución de corte autoritario basada en un corporativismo cristiano que le permitía gobernar sin parlamento; así se inicia la rápida carrera que conduce al país al fascismo. Ya para los últimos meses de 1933 se habían habilitado algunos campos de concentración a los que se llamaban “campos de detención” (*Anhaltelager*) y el ejército era reforzado.

A pesar de ello, los mandos del Partido Social-Demócrata se mantenían indecisos y trataban de detener a las bases que pretendían responder con la fuerza.³ En la primera semana de febrero del año de 1934, las Heimwehren (milicias) hicieron provocadores despliegues militares en todas las capitales de los estados y empezaron a incursionar en los loca-

¹ Hitler declaró que Austria era tan pura de sangre como Alemania, no obstante que desde el siglo XVIII, pero sobre todo desde mediados del XIX, hubo una gran inmigración proveniente de los dominios que poseían los Habsburgo.

² Cfr. “L’Anschluss programmé à l’avance”, en *L’Autriche présente. Austria today Verlags-GesmbH*, no. 2, 1987, p. 8 *et seq.*

³ Melanie A. Sully, *Continuity and change in Austrian socialism. East european monographs*, Boulder, Distributed by Columbia University Press, New York, 1982, p. 62.

les de los partidos de izquierda en busca de armas, sin que los socialistas respondieran en manera alguna. Al conocerse en Viena los hechos, el grupo de defensa de los social-demócratas (*Schutzbund*)⁴ decidió hacer caso omiso a sus dirigentes y atacar la estación de policía del distrito de Simmering; en el de Florisdorf, los obreros de algunas empresas paralizaron espontáneamente sus labores y cerca del mediodía la corriente eléctrica fue desconectada provocando la paralización de la ciudad.

Impotente ante la evolución de los acontecimientos, la dirección del partido socialista determinó apoyar a sus elementos llamando a una huelga general; la policía y la Heimwehr salieron de inmediato a reprimir a los trabajadores.

El levantamiento, que había degenerado prácticamente en la guerra civil que tanto querían evitar los socialistas, terminó el 17 de febrero con la total rendición de los sublevados con un elevado saldo de muertos. Todas las organizaciones obreras (alrededor de 1 500, sin contar las social-cristianas y nacional-socialistas, a las que no se tocó) fueron disueltas lo mismo que el partido en sí;⁵ las fuerzas que podían oponer resistencia estaban totalmente aniquiladas.

En tanto, los ciudadanos austríacos residentes en Alemania continuaban organizándose en "Círculos", ampliamente protegidos y alentados por las autoridades de aquel país. Esto era preciso debido a que la toma del poder en Austria debía aparecer a los ojos de la comunidad internacional como un asunto puramente interno que no violaría los acuerdos de Saint Germain y de Versalles, pero en realidad existían planes para apoderarse del gobierno mediante un Putsch, que habría de realizarse el 25 de julio. La mañana de ese día, unos 150 nazis, miembros del regimiento 89 de los SS ilegalizados, se reunieron en un gimnasio público situado al lado de un cuartel, a poca distancia de la Cancillería. Ahí cambiaron sus ropas por uniformes robados al ejército austríaco, toma-

⁴ Creados en respuesta a la existencia de las bandas paramilitares de los social-cristianos, los Frontkämpfer.

⁵ *Geschichte der Kommunistischen Partei Österreichs*, Wien, Globus Verlag, 1977, p. 149 *et seq.*; Sully, *op. cit.*, p. 63.

ron las armas —también robadas— y montaron en seis camiones. Penetraron a la cancillería sin impedimento alguno e hirieron mortalmente al canciller Dollfuss, pero el golpe falló. Se nombró como nuevo canciller a Kurt von Schuschnigg.

El golpe había sido obviamente apoyado desde Berlín, pero Hitler lo desautorizó públicamente debido a que no quería que fuera visto en la escena internacional como un caso de intervención en los asuntos internos de Austria. En tales circunstancias, el gobierno trató de llegar a un entendimiento con los partidos de izquierda y los sindicatos, que se encontraban fuera de la ley, pero éstos le ofrecían sólo un apoyo condicionado; esta decisión ha sido considerada un error histórico de los socialistas, pero debe recordarse que desde hacía tiempo eran objeto de toda clase de persecuciones y represiones por parte del régimen. Entonces, Schuschnigg llamó inesperadamente a un plebiscito en el cual los austriacos debían pronunciarse por una Austria alemana, independiente y social, cristiana y unida, que la izquierda estaba dispuesta a apoyar.

La maniobra de Schuschnigg tomó por sorpresa a Berlín, máxime que según las estimaciones, incluyendo las confidenciales de los nazis, la gran mayoría de los austriacos habría votado afirmativamente; consecuentemente, Hitler, pero sobre todo Hermann Göring, lo presionaron para que diera marcha atrás bajo la amenaza de que, de lo contrario, recurrirían a la invasión. Mientras tanto, el canciller Schuschnigg fue obligado a dimitir en favor del ya mencionado Arthur Seyss-Inquart.

Pero todo era pretexto pues la invasión ya estaba decidida, así que en la madrugada del 12 de marzo de 1938 las hordas nazis atravesaron la frontera entre los dos países sin disparar un tiro porque Schuschnigg había dado instrucciones al ejército de no ofrecer resistencia si el caso se presentaba. Al día siguiente, 13 de marzo, fue promulgada la Ley Constitucional Federal que consumaba la “reunificación” —*Wiedervereinigung*, que no *Anschluss*, anexión— de Austria al Reich alemán, y que debía ser aprobada por los austriacos el 10 de abril siguiente en un plebiscito organizado por el régimen nazi. La maquinaria propagandística de Hitler entró de inmediato en acción, y el resultado de la consulta fue de un 99% positivo, aunque nada confiable.

Las grandes potencias consideraron que todo era un asunto “de familia” en el que no era conveniente intervenir; ninguna de ellas osaba provocar a Hitler por temor a las consecuencias, que no podían ser otras que un enfrentamiento armado con Alemania que, como todos sabían, robustecía a marchas forzadas y con buen éxito su industria bélica.

En toda la Sociedad de Naciones sólo un país, México, lo entendió en su justa magnitud, y por ello elevó solitario una protesta ante la organización mundial de la época. El presidente Cárdenas ordenó a Isidro Fabela que protestara enérgicamente contra el ilegal acto de Hitler porque violaba los acuerdos de Versalles y Saint Germain que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial y hacía desaparecer a Austria en tanto que Nación independiente. La acción mexicana ante la Sociedad de Naciones tuvo repercusiones que fueron más allá de lo que generalmente se invoca puesto que influyó en la recuperación de la soberanía austriaca, según vamos a ver.

Cuando las tropas hitlerianas cruzaron la frontera austriaca, se implantó un régimen de terror en el país; de inmediato se pusieron en vigor todas las leyes discriminatorias y racistas que Hitler había promulgado e impuesto en Alemania y, por ende, se llevó al exilio a todo el capital científico, intelectual y artístico acumulado durante siglos de historia. El 30 de abril de 1938 se realizó en Salzburgo la acción más característica de los regímenes fascistas, a saber: la ceremonia de la quema de libros, lo cual equivale a decir la quema de la cultura a semejanza de lo acaecido en Alemania en mayo de 1933.

Se había iniciado en Austria la persecución de la cultura en general: la comunidad intelectual, científica y artística que no comulgaba con las ideas y la praxis de los nazis se vio entonces excluida de toda actividad; los profesores fueron expulsados de las universidades; los científicos fueron impedidos de continuar en sus institutos, a los profesionistas se les impidió prestar sus servicios y a los artistas se les excluyó de teatros, salas de música o de ópera. Los que no fueron impedidos de ejercer su profesión, fueron llevados a campos de concentración y buena parte de ellos optó por emigrar hacia otros países, incluido México. Así fue como Austria perdió buena parte de su capital intelectual porque la mayor par-

te de ellos no regresaron (sólo uno de cada cinco), sobre todo cuando pertenecían a la comunidad judía.⁶ Estos constituyeron el 80 por ciento de los expulsados; el otro 20 por ciento constó de austriacos con una visión del mundo, política o religiosa, diferente de lo exigido por el Reich.

Pero la totalidad de los premios Nobel —judíos o no— que trabajaban en alguna universidad austriaca fueron expulsados o salieron por su propia voluntad.⁷ La mayor parte se fue a Estados Unidos y se integró a la comunidad científica de ese país. Los austriacos consideran que sin la colaboración de estos profesores, los avances en la microbiología, el átomo y otras disciplinas hubiera sido más lento en el país vecino.⁸ Los escritores judíos fueron expulsados primero de la comunidad y sus escritores no sólo fueron prohibidos, sino que se prohibió su publicación. Robert Musil (Austria 1880-Ginebra 1942) analizó la crisis social y espiritual de la sociedad europea) vio su nombre en las listas fatídicas debido a que no él, sino su esposa era judía y tuvo que huir hacia Ginebra. Algunos de ellos no alcanzaron a huir y fueron asesinados en el trayecto cuando salían hacia los países vecinos. En la noche de la invasión, los amigos y parientes de Sigmund Freud se alarmaron por la suerte que pudiera correr y se dirigieron a su departamento en la Berggasse de Viena, donde hoy se encuentra un museo en su memoria. Trataban de convencerlo de que debía abandonar el país cuanto antes. Al

⁶ Algunos prominentes artistas habían emigrado con anterioridad, como Fritz Lang, director de cine alemán (Viena 1890-California 1976), emigró en 1934 y Otto Preminger, director de cine (Viena 1906-Nueva York 1986); pero otros, como Hedy Lamarr, Arnold Schönberg y Alma Mahler, lo hicieron después. Emigraron, entre otros: Karl Popper (Viena 1902-Londres 1994) —crítico del neopositivismo, criticó a la Escuela de Frankfurt y renovó la epistemología—, Ernest Dichter, Anton Kuh, Anna Freud, Bruno Kreisky —político austriaco (Viena 1911-Viena 1990), presidente del Partido Socialista (1967-1983)—, Arnold Schönberg —compositor austriaco (Viena 1874-Los Ángeles 1951)—, Max Brod, Elias Canetti —premio Nobel de literatura 1981 (Bulgaria 1905- Zurich 1994)—, Friedrich Torberg, Erwin Schrödinger —físico austriaco (Viena 1887-Viena 1961) formalizó la nueva teoría cuántica; premio Nobel de física en 1933.

⁷ Hasta el momento del *Anschluss*, Austria había producido dos premios Nobel de la paz, cuatro en Medicina, dos en física, tres en química (uno de ellos, Richard Kuhn, en el mismo año de 1938).

⁸ *Kurier*, 8 de marzo de 1998. Es este un diario de masas, por llamarlo de algún modo, pero fue el único que se ocupó del *Anschluss* en este aniversario.

día siguiente cedió. Pero era un nombre demasiado conocido y no pasó desapercibido para las autoridades, de manera que en las siguientes semanas su departamento fue saqueado por los hombres de la SA, su pasaporte fue decomisado y su biblioteca parcialmente destruida. Finalmente, el 4 de junio pudo salir huyendo hacia Londres junto con buena parte de sus colaboradores. Como se sabe, murió en esa ciudad al año siguiente.

La rama más perjudicada con las expulsiones fue sin duda alguna la de la medicina, que gozaba de gran renombre en el mundo y que contaba con varios premios Nobel en su haber. Aproximadamente la mitad del cuerpo académico médico fue despedido y por tanto huyó de Austria por razones políticas y raciales. Pero aquellos que permanecieron colaboraron ampliamente con el nuevo régimen y han tenido que ser aceptados hasta hoy día.⁹ El exilio significó no sólo la pérdida de la Patria, las propiedades, la familia, sino también del empleo. Aquéllos que no tenían una profesión "internacional", como los juristas (cerca de 3 000), debieron contentarse con tareas no académicas ni intelectuales, sino manuales como zapateros, limpiaventanas, etcétera, y las mujeres como sirvientas trabajando jornadas extenuantes para poder sobrevivir. Muchos llegaron al suicidio; sólo en Viena, se contaban más de 20 diariamente en los primeros días del *Anschluss*.¹⁰ Desde luego que hubo excepciones; aquellos que ya gozaban de alguna fama, como Freud mismo, no perdieron con el cambio y acaso incluso ganaron. Muchos no regresaron debido a que habían tenido buen éxito en el otro país e incluso se habían vuelto ricos y no querían ni siquiera volver a hablar la lengua; se nacionalizaron y se asimilaron en su país de adopción. Uno de los repatriados fue Bruno Kreisky (Viena 1911-Viena 1990), posteriormente el canciller más popu-

⁹ En estos días se realizó un simposio sobre "Los 60 años de la expulsión de los judíos de la Facultad de Medicina". El decano de la Facultad de Medicina dice: "Es necesario olvidarnos de ese pasado, porque de lo contrario nos seguirá como un fantasma". (Kurier, 13 de marzo de 1998). Acaba de descubrirse que en la Clínica Psiquiátrica de Viena "Am Spiegelgrund" fueron asesinados más de 700 niños. Uno de los culpables fue un médico de nombre Heinrich Gross, que tal vez se encuentre en funciones (*idem*).

¹⁰ Kurier, 10 de marzo de 1998.

lar de la posguerra, a quien, en el marco de las conmemoraciones de los 50 años del *Anschluss* se consideró de justicia otorgar su diploma de doctor en Derecho que obtuvo días antes de la invasión, pero que no se le entregó en esa ocasión debido a que tuvo que huir precipitadamente del país, perseguido por la Gestapo.

Otros no regresaron por los dramáticos recuerdos de la época hitleriana; Anna Freud no quería recordar los interrogatorios de los nazis en la primavera de 1938, y sólo regresó después de 33 años, como turista.¹¹ En un principio, no hubo prácticamente resistencia como no fuera de los comunistas cuya acción se extendió hasta Yugoslavia, donde combatieron al lado de los *partisanos* de Tito.

Pero el movimiento de resistencia fue crucial en la legitimización de la rehabilitación política y moral del país ante los aliados. En las negociaciones del Tratado de Estado (*cfr. infra*), la delegación austríaca citó en repetidas ocasiones las actividades de la resistencia; ésta fue una de las razones por las cuales, a instancias del entonces ministro del exterior Leopold Figl (Baja Austria 1902-Viena 1965; canciller de la república austríaca 1945-1953), la cláusula que establecía la responsabilidad conjunta de Austria por la guerra fue removida del texto en la víspera de su firma;¹² posteriormente se unieron a los comunistas algunas organizaciones secretas, pero los social-cristianos tardaron mucho en hacerlo, la mayor parte porque comulgaban con el régimen y otros por falta de experiencia. Al final de la guerra, no osaron recuperar su antiguo nombre de Partido Social Cristiano y adoptaron uno engañoso: Partido Popular. Los opositores dentro de Austria no dejaron de entrar en contacto con sus pares de Alemania.

Esta lucha se fortaleció cuando la derrota alemana era evidente e inminente, y se vigorizó cuando las grandes potencias aliadas se reunieron en Moscú y declararon que Austria había sido la primera víctima del nazismo como México lo había anticipado.

¹¹ *Ibid.*

¹² Por eso los austríacos no pagaron compensaciones de guerra a los judíos, y por eso el caso Waldheim. (*Cfr.* Jorge Basurto, *El juicio político y moral a Kurt Waldheim*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, 1995).

Cuando terminó la conflagración, en el fragor de las batallas de la guerra fría, la labor desarrollada por los resistentes, sobre todo un grupo denominado O5,¹³ es dejada de lado y, ya sin el peligro nazi, también se empezó a echar en el olvido la participación de los comunistas como primera fuerza durante esos años.

Para principios de 1945 el avance de los aliados era incontenible y el 13 de abril Viena fue liberada. La guerra, para los austriacos, había terminado, y también para los alemanes; y había finalizado con una derrota total, sin condiciones. La superchería de la superioridad germana caía estrepitosamente hecha añicos, y ahora debía dar comienzo la etapa de reconstrucción. Las pérdidas humanas fueron considerables: un total, aproximado de 400 mil de una población de 6 millones.¹⁴ Las pérdidas materiales fueron también considerables. Mencionaré sólo a la catedral de San Esteban, la ópera y el Burgtheater, que fueron seriamente dañados.¹⁵ En estos dos últimos edificios, símbolo de la gran cultura austríaca hasta nuestros días, la totalidad de las producciones operísticas y teatrales —escenografía, vestuario, etcétera— quedó destruida. Su reconstrucción, dicho sea de paso, fue considerada como prioritaria por el gobierno surgido después de la guerra. Y, en efecto, ambos recintos fueron reinaugurados poco después en medio de grandes festejos a los que concurrían todos los vieneses que se apostaron a la salida de los espectáculos para aplaudir a las grandes figuras del arte.¹⁶

¹³ Clave que representaba la inicial del nombre de su país en alemán, pues el 5 substituía a la E de Oe (Oesterreich).

¹⁴ *Widerstand und Verfolgung in Österreich 1938-1945*. Bundespressdienst, Wien, 1988, p. 99.

¹⁵ *Les années de ténèbres. Le mouvement de résistance autrichien 1938-1945*, Vienne, Service de Presse Fédéral, 1975, p. 59.

¹⁶ No olvidar que la pasión de los austriacos por el arte —sobre todo la música— data por lo menos del siglo XIII, fecha de la que se tienen documentos fehacientes, esto es, escritos, y se conocen incluso los nombres de los compositores músicos-poetas, como Walther von der Vogelweide o Tannhäuser, el aventurero errante, que actuó en Viena alrededor de 1250. El barroco, cuyo producto más fascinante es la ópera, florece en los siglos XVII y XVIII, y se extiende hasta nuestros días. Sólo durante el reinado del emperador Leopoldo I (1658-1705) fueron representadas más de 400 obras dramáticas. En Salzburgo y en Innsbruck se construyen

El Tratado de Estado

Las discusiones entre las potencias aliadas sobre la suerte de Austria se iniciaron tiempo antes de la terminación de la guerra, de hecho desde 1942 cuando se deliberaba sobre la forma que debía adoptar el país en cuanto a su configuración política, y se barajaban cuatro posibilidades, a saber:

1. La continuación del *Anschluss*, o sea, la constitución de un solo Estado con Alemania;
2. Su integración a una federación Sud-germana que habría de crearse;
3. El establecimiento de un país independiente, o bien
4. La creación de una federación centro o este-europea de la cual Austria pasaría a formar parte.¹⁷ Pero, para el otoño de 1943, cuando las potencias aliadas se reúnen en Moscú para discutir la cuestión alemana y austríaca, existe ya un consenso en el sentido de que debe restaurarse su independencia, que era la postura que había sostenido la URSS desde un principio.

Terminada la guerra, el 27 de abril de 1945 se forma un gobierno encabezado por Karl Renner, socialdemócrata, como canciller (quien funge asimismo como ministro de asuntos exteriores y de defensa) el cual despierta suspicacias entre los aliados occidentales porque confundían convenientemente para sus intereses a la social-democracia con el comunismo y no le otorgan su reconocimiento, al contrario de los soviéticos que fueron los primeros en apoyar una salida rápida al problema austríaco. Este diferendo es una de las primeras manifestaciones de la Guerra Fría. El reconocimiento de los occidentales vino hasta octubre de 1945 al realizarse las primeras elecciones.

teatros de ópera desde principios del siglo XVII. En Innsbruck tiene lugar en 1622 un casamiento ducal para el cual Claudio Monteverdi compuso la música. (Cfr. *Austria país de la música*, Servicio Federal de Prensa, Viena, 1984.)

¹⁷ J. I. Szirtes, *Austrian foreign policy 1945-1985*, Wien, Edition Eola, 1986, p. 11.

Daba inicio ahora un largo proceso de negociaciones de los gobiernos austríacos con las potencias ocupantes para recuperar su independencia total, que debería concretarse en el retiro de las tropas estacionadas en su territorio. Al efecto, el 2 de febrero de 1946, el Ministerio de Asuntos Extranjeros de Austria hizo entrega al representante norteamericano de una nota en la que sugería algunas ideas para la firma de un tratado que pusiese fin al estado de cosas existente, y en la que se hacía referencia al cese del control aliado sobre el país y la renuncia de los países vencedores a hacerle reclamaciones por daños de guerra puesto que, alegaba, Austria no era responsable por lo ocurrido durante la ocupación germana. Y por el mismo hecho de haber sido ocupada y no existir en tanto que país, no podía estar sujeta a disposiciones de leyes internacionales ni podía ser tratada como país vencido,¹⁸ de donde la insistencia, durante 10 años de que no debía firmarse un tratado de paz, sino un Tratado de Estado. Varias rondas de negociaciones se llevaron a cabo de 1945 a 1949 entre los cuatro ex-aliados, con participación de Austria, para llegar a un acuerdo en cuanto a las condiciones en las que se firmaría el tratado; además de los temas mencionados, se trajo a colación la desnazificación de Austria en la que insistían principalmente Francia y la Unión Soviética.

En el curso de estas discusiones se lograron algunos avances, pero había una cuestión que se interponía abruptamente, y era la del *status* político internacional de Austria, pues los occidentales pretendían integrarla a su bloque, incluso militarmente dado que deseaban verla ingresar a la Organización del Tratado del Atlántico Norte recién formada.

Los dos grandes partidos políticos se manifestaron a favor de la idea de un país neutral desde noviembre de 1946. Pero los tiempos no eran aún propicios para semejante pretensión, porque iba en contra de los designios de las potencias occidentales que querían imponer a Austria su propio modelo, tallado según los cánones de la Guerra Fría que recién se iniciaba; así, el concepto vino a ser considerado inapropiado a fines de

¹⁸ *Ibid.*, p. 17.

los cuarenta,¹⁹ no obstante que era incluso del dominio popular dado que por ese entonces el gobierno austríaco, dominado por los conservadores, estaba francamente inclinado a satisfacer a Occidente; pero el ejemplo alemán la hizo variar.

Alemania, en efecto, había elegido para su gobierno al partido conservador cristiano, con un hombre a la cabeza, Konrad Adenauer, que se obstinó en impedir otra solución para el *status* de su país como no fuera la de su total asimilación a las fuerzas occidentales, incluyendo las bélicas.

El resultado final —sumamente doloroso para ese país— fue la división de su territorio que se consuma precisamente en 1949 con la fundación de las dos Alemanias.

El ambiente de la Guerra Fría no favoreció, pues la causa austríaca, dado que entre 1949 y 1953 no hubo progreso alguno no obstante que el asunto fue llevado a las Naciones Unidas: es la época de los famosos *nyet* de Molotov en ese foro que, en el caso de Austria, con frecuencia eran negativas a que los tres occidentales violaran acuerdos ya logrados.

A mediados de 1953, la URSS dio un paso que abrió el camino para solucionar la cuestión austríaca: le propuso reiniciar negociaciones directas para llegar al ansiado tratado, y un gobierno austríaco de coalición entre negros (conservadores) y rojos (social-demócratas) recién elegido lo aceptó, por nota de 30 de junio, no obstante la resistencia occidental. Del lado soviético, Austria tenía desde un principio el respaldo para lograr la evacuación con el solo expediente de declararse neutral y comprometerse formalmente a ello.

Fueron ellos, los soviéticos, los que hablaron por primera vez y en directo sobre el tema. En efecto, aunque los austríacos habían iniciado sondeos diplomáticos desde el verano de 1953 para investigar si una eventual declaración de neutralidad por el Parlamento podría posibilitar la firma de un tratado de Estado, sus pesquisas no tuvieron buen éxito dado que, como vemos, Occidente no lo deseaba. Pero durante la confe-

¹⁹ *Ibid.*, p. 58.

rencia de Berlín de enero-febrero de 1954, el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, V. Molotov, propuso la inclusión en el proyecto ya existente de una cláusula por la que Austria se comprometiese a “no admitir el establecimiento de bases militares ni la presencia de consejeros o especialistas militares extranjeros” en su territorio. Tal propuesta fue rechazada por la contraparte occidental y otro tanto hizo Austria que no quería aceptar una neutralidad impuesta,²⁰ otra manera de decir que se rechazaba por la simple razón de que provenía del campo contrario; para subsanar este escollo, el Dr. Leopold Figl, ministro de Asuntos Extranjeros de Austria, hizo, en el marco de la misma conferencia de Berlín —que trataba sobre los asuntos derivados de la guerra recién terminada—, una declaración, libremente emitida, de no adherirse a alianza militar alguna ni admitir bases militares extranjeras.

Debemos recordar que las discusiones de las potencias vencedoras con sus antiguos enemigos, Alemania y Austria, eran llevadas simultáneamente, esto es, que las soluciones que se encontraran para uno podrían aplicarse al otro; de manera que la evacuación de las tropas de ocupación, tanto en Austria como en Alemania, dependía en estos momentos de la firma de un tratado de paz con esta última y tal acuerdo era bastante improbable por las profundas desavenencias respecto al caso alemán. Pero tocó nuevamente a los soviéticos despejar el camino al declarar el mismo Molotov, el 8 de febrero del año siguiente, que su país no tendría inconveniente en que las tropas extranjeras salieran de Austria aun antes de finiquitar el problema alemán.

Las declaraciones públicas del canciller austríaco Raab el 20 de marzo de 1955 disiparon las dudas: Austria no se afiliaría a bloque alguno, ni permitiría el estacionamiento de tropas extranjeras en su territorio, y ello podría ser incluido en el Tratado de Estado, razón por la cual dieron inicio los arreglos finales que se realizaron en Moscú, del 11 al 15 de abril de 1955, entre una delegación austríaca encabezada por el canciller

²⁰ Alfred Verdross, *La neutralidad perpetua de Austria*, Wien, Verlag für Geschichte und Politik, 1979, p.26

federal Raab, el Dr. Figl y el secretario de Estado (equivalente a subsecretario en la terminología mexicana), Bruno Kreisky, y la URSS para fijar los términos finales.²¹

Así, Austria no devino otra víctima de la Guerra Fría; su alta diplomacia y su comprensión del estado de cosas a nivel internacional la llevaron a la conclusión del Memorándum de Moscú de 15 de abril de 1955 en el que se dice que

en el espíritu de lo que Austria ha declarado ya en la conferencia de Berlín de 1954 en el sentido de que no ingresará a ninguna alianza militar y no permitirá bases militares en su territorio, el Gobierno Federal de Austria expedirá una declaración que lo comprometerá conforme a las leyes internacionales a ejercer una neutralidad perpetua (*immerwährende*) según el modelo suizo.

Ahí se hizo hincapié en la neutralidad del país, y los soviéticos pidieron que así quedara establecido.²² Una conferencia de embajadores de los cinco países discutió y afinó el proyecto y el 14 de mayo siguiente se reunieron los ministros de asuntos extranjeros para la firma del tratado. Ese día, el Dr. Figl llevó a cabo un acto trascendental: logró convencer a los vencedores que se omitiera pura y simplemente toda referencia a responsabilidad que pudiera haber a su país en la guerra recién terminada, lo cual le permitió deshacerse de cargos por compensaciones derivadas de su participación en ese conflicto, incluyendo las que reclamaban los judíos que, en el caso de Alemania, todavía hoy se siguen pagando.

Y a la mañana siguiente, 15 de mayo, después de 265 sesiones, los más altos representantes de las cuatro potencias vencedoras, de las potencias asociadas y del país invadido (que no vencido) estamparon sus firmas en el Tratado sobre la Restauración de la Soberanía y la Democracia en Austria, comúnmente llamado Tratado de Estado.

²¹ *Ibid.*, p. 26

²² *Sziertes, op. cit.*, p. 39 *et seq.*

La evacuación de las tropas dio comienzo desde luego, de manera que el 25 de octubre salió el último de los soldados ocupantes, un norteamericano. El cumplimiento de lo estipulado en ese documento es considerado por los austríacos (excepción hecha de los neofascistas del Partido Liberal), como una cuestión de honor y de conciencia, con mayor peso y significación que un simple tratado de paz.

Además de lo ya mencionado, se conviene en que se restituirán al país las fronteras marcadas por el tratado de paz de Saint Germain, esto es, las que tenía al momento del *Anschluss*.

Conforme a todo ello, el Parlamento austríaco hizo la declaración respectiva el 7 de junio de 1955, y el 26 de octubre del mismo año se promulgó la Ley Constitucional Federal de Neutralidad Permanente, que dice que "con objeto de preservar su independencia respecto de países extranjeros y la inviolabilidad de su territorio, Austria adopta por propia voluntad un estado de neutralidad permanente" y la defenderá por todos los medios a su disposición.²³ Con la promulgación de esta ley, la neutralidad austríaca obtuvo su fundamento jurídico internacional. La ley entró en vigor el 5 de noviembre siguiente, y el 14 del mismo mes se hicieron llegar notas diplomáticas comunicándolo a todos los estados con los que tenía relaciones y solicitando el reconocimiento de tal *status*, pues la neutralidad requiere de la aceptación internacional y del consentimiento de las partes involucradas por lo que es una circunstancia que no puede darse por terminada unilateralmente. México se adhirió el 28 de diciembre de 1956.

Pero, como hemos traído a colación, durante todas las negociaciones del Tratado de Estado, Austria estuvo esgrimiendo como argumento para lograr la evacuación de las tropas extranjeras y, tal vez sobre todo, para que el veredicto de las potencias vencedoras fuera magnánimo, el hecho de que había sido objeto de una invasión por Alemania y por ello mismo, como lo decía la protesta de México, había resultado ser la primera víctima del nazismo.

²³ *Ibid.*, p. 67. Sobre las obligaciones que impone la neutralidad perpetua, *Cfr.* Alfred Verdross, *op. cit.*, Cap. XII.

Pues bien, uno de los argumentos que blandió Austria como apoyo para su propia posición, fue precisamente la protesta de México en la que primero se reprochaba a la propia Sociedad su pasividad ante un hecho tan grave como “la supresión de Austria como Estado independiente”, en abierta violación del artículo 10 del Pacto que la había creado, ya que hasta ese momento no había dado paso alguno para convocar al Consejo respectivo.

La muerte política de Austria en la forma y bajo las circunstancias conocidas, significa un grave atentado contra el Pacto de la Sociedad de Naciones y contra los principios consagrados del Derecho Internacional, explicaba la protesta de México. Violaba, además, los tratados de Versalles y de Saint Germain, que declaraban inalienable la independencia de ese país, que

debería haber sido respetada y garantizada no solamente por las Grandes Potencias signatarias del Protocolo de Ginebra de 1922, que en esa ocasión declararon solemnemente su decisión de respetar la independencia política, la integridad territorial y la soberanía de Austria, sino también por el Gobierno austriaco mismo,

que estaba obligado en los mismos términos por los documentos citados. En consecuencia, prosigue la protesta, cualquier convención o resolución que tienda a menoscabar la independencia austríaca debe ser considerada como ilegal y, por lo mismo, todo atentado contra tal situación debe ser tomado como arbitrario e inadmisibles por los miembros de la Sociedad de Naciones.

El hecho de que las autoridades vienesas hubiesen entregado el poder al invasor no podía servir de excusa, puesto que no representaban ya al pueblo austriaco desde el momento que no actuaron libremente y *voluntas coacta voluntas non est.*

El Gobierno de México, siempre respetuoso de los principios del Pacto y fiel a su política internacional, que no puede admitir ninguna conquista efectuada por la fuerza, protesta de manera categórica contra la agresión exterior de la que la República de Austria acaba de ser víctima. Declara (el mismo

Gobierno) que, en su opinión, la única manera de obtener la paz y de evitar nuevos atentados internacionales como los conocidos contra Etiopía, España, China y Austria, es el cumplir con las obligaciones que el Pacto, los tratados concluidos y los principios del Derecho Internacional imponen.

Y terminaba con una frase que había de revelarse premonitória: “En caso contrario, no tardará el mundo en verse sumergido en una conflagración mucho más grave que la que se quiere evitar tratando de actuar fuera del sistema de la Sociedad de Naciones”. Y, efectivamente, como ni ésta ni las grandes potencias quisieron detener la barbarie hitleriana en sus comienzos, la admonición mexicana se cumplió.

Austria jugó y ganó, basándose no poco en las argumentaciones de México. Nuestro país fue, pues, junto con la Unión Soviética, pieza clave en la recuperación de su soberanía e independencia, y así lo reconoce Austria.